LAS GRANDES ETAPAS DE LA ESPIRITUALIDAD BÍBLICA

Fidel Aizpurúa

Certeza inicial: la Palabra es una realidad encarnada en el marco de la historia, de la cultura y de las religiones y, por tanto, una realidad en proceso, evolutiva.

a) Etapas históricas

La mentalidad espiritual que habla de cierto componente trascendente, se pierde en los albores de la historia humana. Así lo demuestran los enterramientos rituales de los homínidos de Atapuerca de más de 400.000 años que apuntan a algo de esto. Muchas tradiciones que ulteriormente recogerán las páginas bíblicas se fraguaron en aquellas épocas lejanas (el bien y el mal, los orígenes de lo humano, el lugar de la persona en el mundo, etc.).

A partir del cuarto milenio a.C. el desarrollo de la economía agraria lleva a sedentarización. Es ahí donde nacerá el alfabeto y con él el libro, también la Biblia. Aunque es cierto que la Espiritualidad Bíblica (EB) ha producido auténticos monumentos literarios y experiencias muy valiosas en esta larga época de la historia de la espiritualidad bíblica, en conjunto, su supeditación al sistema imperante es evidente.

Mal que bien la Biblia ha acompañado la cultura occidental, de tal manera que constituye una de sus raíces más valoradas. Sin embargo, hay que decir que, por su supeditación al sistema, tuvo más peso represor que liberador, aunque siempre hubo quien se remitiera a ella (movimientos pauperísticos medievales).

Esta situación, que todavía sigue en parte vigente, se vio sacudida por la gran falla ideológica que fue la Ilustración, fenómeno concomitante de la era industrial que luego abriría la puerta a lo que llamamos actualmente la secularidad.

Tres grandes fases: a) la primera oleada de secularización que llega hasta la segunda guerra mundial, en que la secularización toca ya a muchas instancias sociales, tanto culturales como populares, pero aún no llega a las grandes masas; b) la segunda oleada que llegaría hasta los años noventa, en que grandes masas abandonan el paradigma religioso de manera irreversible; c) la tercera oleada en la que vivimos, que, además de seguir el proceso de desreligiosización con toda fuerza, comienzan a brotar planteamientos espirituales significativos al margen del marco religioso. A estas fases corresponde una manera concreta de percibir la EB: en la primera de ellas se vive la EB de forma muy crítica en ámbitos de tipo científico (la comunidad católica se blindará ante estos “ataques”); en la segunda, la crítica trasciende a ámbitos populares y se caracteriza por un “abandono” de lo que se conocía mal, abandono que coincide con una fuerte deserción de la práctica religiosa; en la tercera fase se mantiene el abandono de la práctica religiosa por grandes capas de la sociedad pero rebrota una especie de atractivo por ciertos aspectos bíblicos (la persona de Jesús, sobre todo) en formas más libres. Lo cierto es que tras estas peripecias históricas, un notable número de personas se siente atraído por la Palabra y busca una EB de componente más social, pero de no menor fuerza iluminadora.

b) Etapas sociales

Antes de la época de cristiandad, en los orígenes del NT, la Palabra ha sido, como lo dice con claridad 2 Pe 1,19 “lámpara que brilla en la oscuridad, hasta que despunte el día y el lucero nazca en nuestros corazones”. Es decir, la EB que ha generado la Palabra en las primeras comunidades cristianas fue una espiritualidad de amparo, de acompañamiento y de resistencia.

Otra cosa es cuando, a partir de la cristianización de la sociedad, la Palabra deriva en propiedad de gestores especializados: el pastor, el exegeta. De esta manera, la EB se sitúa en reductos, institucionales y personales, que difícilmente trascienden a la comunidad básica. Ésta buscará su mística creyente y religiosa en otros ámbitos, muy tangenciales.

En la época moderna, época de secularidad y de espiritualidad más social, se recupera algo del sentido primigenio del NT. Éste, según muchos de sus textos, no tuvo como objetivo primordial una finalidad religiosa, ya que los diversos objetivos religiosos que se le han asignado a lo largo de los siglos (culto, oración, estudio, etc.) han llegado históricamente después. El objetivo primordial, básico y elemental, de la Palabra era lo que Jesús llamaba la construcción en la historia del reinado de Dios, es decir, la nueva sociedad basada en relaciones fraternas y humanizadas, el modo nuevo de ser persona.

c) Etapas comunitarias

Las primeras comunidades cristianas tuvieron conciencia evidente de que la Palabra era un bien para la comunidad. La espiritualidad que de ahí surge ha de ser, sin duda, una espiritualidad que acentúa los lazos humanos y comunitarios del grupo creyente. De tal manera que este tipo de espiritualidad puede ser entendida, más que como una espiritualidad religiosa, como fraterna o social.

En la época de privatización del Mensaje que coincide con la larga época del régimen de cristiandad, la Palabra, como lo hemos dicho, pasa a ser patrimonio gestionado por pastores y exegetas. Esta privatización “encadena” a la Palabra y la condena a generar una espiritualidad para élites. Los enormes sufrimientos que el afán por leer y traducir los textos bíblicos a lengua vulgar han arrostrado desde herejes ignorados hasta sabios conocidos como los erasmistas o el mismo Fray Luis de León son sufrimientos provocados por un formidable error de perspectiva que solamente en épocas muy recientes se ha tratado de corregir. Se pensaba que la democratización de la Palabra iba a acarrear múltiples males, cuando, en realidad, es la savia de la que se alimenta la comunidad. No se vio, o no se quería ver, que el peligro no estaba en la Palabra sino en el ansia de poder que anidaba en muchos “hombres de Iglesia” de las diversas épocas. No ha de extrañar que la EB se refugiara en reductos inaccesibles, secretos y, por lo tanto, de poca influencia en la vida real de los cristianos.

El Vaticano II quiso dar un giro a esta situación haciendo un esfuerzo explícito para devolver la Palabra a su propietario real, que no es otro que el conjunto de la comunidad de creyentes. El enorme esfuerzo desplegado, desde la traducción a lengua vernácula de todos los textos bíblicos hasta el afán por poner traducciones de calidad y el mismo salterio en manos de los laicos, hablan de una época dorada para la Palabra, aunque aún los frutos sean modestos.

d) Etapas personales

Muchos lectores de la Palabra, incluso a niveles cultos, se mueven en un perviviente historicismo que está llamado a ser superado. Este historicismo es el que entiende la Palabra como un suceso histórico acaecido en los términos mismos de la narración. La orientación de la exégesis histórico-crítica en general y de los géneros literarios en particular es, con frecuencia, ignorada. Algunos documentos de la Iglesia católica animan a ensanchar al máximo el campo de lectura con las diversas maneras de hacer exégesis y de acercarse a la Palabra. Por eso, la formación bíblica sigue siendo una tarea pendiente en las comunidades cristianas, máxime teniendo en cuenta la anemia que, en este sentido, arrastra el creyente de a pie.

Todo este esfuerzo habría de culminar en una EB que fuera, más que un conjunto de conocimientos en torno al texto bíblico, un dinamismo para situarse como creyente en Jesús en esta época de la historia.

Concluimos diciendo que el éxito y la marca de una EB viva es aquella que bebe de lo profundo del texto bíblico haciendo un esfuerzo explícito de sintonía con el Mensaje y la que traduce a modos históricos esa experiencia de manera que la Palabra sea una realidad viva, engendradora de vida. Cuando se analiza la trayectoria histórica de la Palabra es fácil concluir que en nuestra época estamos en mejores condiciones que nunca para elaborar una EB útil, profunda y con grandes posibilidades de dar cuerpo al sueño de Jesús.